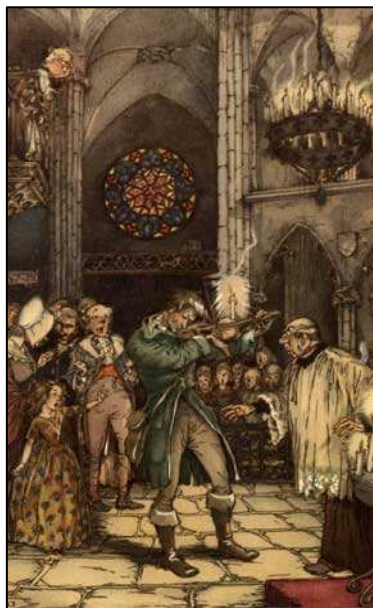


mayoría de las personas de nuestro entorno. Esto es fácilmente explicable: el estilo de la música popular de hoy se sigue haciendo como hace más o menos 400 años –con las distintas aportaciones que se han ido haciendo en sucesivas generaciones– según lo que se conoce como Sistema Tonal. En pocas palabras, la música tonal se hace con una serie de sonidos o notas (escalas), con determinadas características, con la que se construyen melodías, que a su vez se asocian a otras notas de la misma escala (formando alternativamente acordes de distintos tipos), y creando formas musicales más o menos extensas en el tiempo. Los medios de –pongamos como casos extremos– Amara! o Beethoven son básicamente los mismos: las diferencias entre ambos están en lo que hacen con dichos medios.



Como no podía ser de otro modo, en un tiempo en que los valores sobre los que se asienta la civilización se cuestionan de forma profunda y radical –es decir, desde los inicios del siglo XX– los compositores indagarán del mismo modo sobre nuevos medios de expresión. El resultado de esta música a menudo no será fácil de comprender –y por tanto de disfrutar– en especial cuanto más se aleje del estilo común, así como cuanto mayor sea el grado de novedad. Si siempre ha sido así, incluso en época de Monteverdi, J.S.Bach, Mozart, Beethoven, Wagner o Debussy (por poner sólo unos ejemplos), no será difícil recuperar infinidad de anécdotas respecto de Schoenberg, Stravinsky, Bartók, Varése..., compositores de principios del siglo XX (por no hablar de los que les sucedieron). Desde entonces, y por oposición a la música tonal, esta otra música ha llegado a definirse como Música Contemporánea, calificándose –más que como situación coyuntural, como el propio término indica– un cajón de sastre en el que caben todas las obras de compositores de música no tonal desde los inicios del siglo XX hasta nuestros días; y así, tan contemporánea es una obra

